

**POR LOS CAMINOS DE EUROPA**

# LOS PESIMISTAS DE OFICIO

por Ignacio MARTÍN-BARÓ

En 1942, desde su celda de prisionero, donde le había recluido la Policía nazi, escribía Dietrich Bonhoeffer: «Es más «inteligente» ser pesimista, pues se evitan las decepciones y uno no se compromete ante los hombres. Por eso el optimismo está prohibido a los «inteligentes».

Se me ocurren estas reflexiones a la vista de la ola de pesimismo que este tipo de «inteligentes» ha desatado en Europa. En efecto, una serie de sucesos, de muy diversa índole y carácter, han proporcionado a los inteligentes de turno la oportunidad de refugiarse en su pesimismo a ultranza y de cantar su típica letanía de «¿No lo ven? ¿No lo decíamos nosotros? ¡Ya nos parecía...!» Los hechos son de todos conocidos. Sin embargo, bien vale la pena enunciarlos para comprobar la sorprendente mezcla de asideros de estos «inteligentes». A la cabeza, naturalmente, la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia y el sofocamiento de su proceso liberalizador. A continuación, la designación oficial de los candidatos presidenciales en Estados Unidos, candida-

tos de los que no se espera nada nuevo. Sigue la postura papal en su última encíclica sobre el control de la natalidad y la presión ejercida por Roma en la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Según estos «inteligentes», todos estos hechos (y otros muchos, cuya lista preferimos ahorrarnos) llevan a la conclusión de que el mundo se encuentra en un período de franco receso, en una situación en la que las fuerzas retrógradas y conservadoras triunfan sobre las liberales y progresistas.

No es éste el momento de rebatir la argumentación de estos «inteligentes». El hecho de agrupar sucesos tan diversos y complejos bajo un mismo epígrafe, imposibilita todo debate sereno. Por otra parte, no es la argumentación a partir de determinados sucesos (sucesos que, en sí, pueden ser quizás deplorables) lo que nos llama la atención. Lo que nos duele es esa postura pesimista a ultranza, que, como acertadamente señala Bonhoeffer, implica una falta total de compromiso ante los hombres. Estos pesimistas de oficio parecen complacerse en cantar las calamidades sociales y en ser ellos los primeros en llorar las des-

dichas en este mundo. Todo lo cual puede ser una postura muy «inteligente», muy cómoda desde luego, pero, en cualquier caso, muy poco positiva.

La verdad es que estamos saturados de pesimismo en todos los órdenes de la vida. Pesimismo político, de los que se complacen en apuntar todos (y sólo) los fracasos de la vida pública; pesimismo social, de los que no hacen sino descubrir inmoralidad y degeneración en la juventud; pesimismo religioso, de los que se recrean en planificar ante «la muerte de Dios». Yo no quito un ápice de lo que de verdad pueda haber en todos estos fenómenos. Pero estoy convencido de que el pesimismo es, en el fondo, el mayor de los males que pueda aquejar a nuestra sociedad. Porque, en definitiva, el pesimista no hace sino consagrar con sus lamentos una situación de hecho y en ello agota todos sus esfuerzos. Está tan ocupado en descubrir fallos y defectos, que se olvida de buscarles una solución. La interpretación meramente negativa y el ataque apasionado que han lanzado contra la última encíclica papal nos parecen sintomáticos a este respecto.

Si el pesimismo es negativo y planífero, el optimismo (un optimismo realista) es positivo y constructor. «En su esencia —nos dice el mismo Bonhoeffer— el optimismo no es una manera de ver la situación presente, sino una fuerza vital, una fuerza de la esperanza, allá donde otros se resignan; una fuerza que hace mantener alta la cabeza, cuando todo parece hundirse; una fuerza para soportar los reveses; una fuerza que no abandona nunca el futuro al adversario, sino que lo reivindica para sí.» ¡Y Bonhoeffer escribía esto desde una celda nazi!

Es cierto que nuestro mundo padece muchas dolencias. Es cierto que nuestra sociedad sufre una serie de heridas y situaciones de injusticia desazonadora. Pero también es verdad que estas dolencias y heridas no se curarán a base de llanto. Nos sobran estos «inteligentes» —pesimistas de oficio—. Necesitamos más bien, personas capaces de inyectar a nuestro mundo esa fuerza vital, esa fuerza de esperanza que es el optimismo. Sólo así podremos reivindicar un futuro más plenamente humano.

Diario Regional  
8 Septiembre - 1968